

Preámbulo

Éste es un viaje en el tiempo y en la geografía. En el tiempo, hacia el pasado, hacia la época en la que se construyeron esos maravillosos edificios que han sobrevivido al tiempo como representaciones de la ciudad de Dios en la Tierra y que conocemos como catedrales, y, en la geografía, a través de un país que es un mosaico de regiones tan diferentes como sus paisajes.

Lo empecé cuando empezaba el tercer milenio y lo acabaré algún día, espero, después de haber recorrido todas las catedrales de ese país. Setenta y cinco exactamente, sin contar las que lo fueron, pero dejaron de serlo en algún momento. Advierto a este respecto que en mi periplo he seguido la terminología eclesiástica, que es la que determina lo que es una catedral: la iglesia en la que tiene su cátedra el obispo. Así que he dejado fuera, además de a las catedrales que ya dejaron de serlo, salvo alguna, como la de Roda, en Huesca, por mi debilidad por ella, a las llamadas concatedrales, confuso término que define a las iglesias habilitadas como catedrales cuando el obispo vive fuera de la sede episcopal, cosa que sucede a veces cuando ésta no coincide con la ciudad más grande de la diócesis o no es la capital de la provincia (las de Vigo, Soria, Cáceres, Alicante o Castellón serían algunos de esos ejemplos). Del mismo modo que advierto, para que nadie malinterprete mis intenciones, que, cuando me refiero a España, lo hago como territorio, el que lleva ese nombre en la actualidad, sin entrar en la discusión política existente sobre su identidad, como tampoco entro en la de su actual división autonómica. De hecho, me guío por la división antigua, más coherente a mi parecer, que por la que está en vigor, demasiado artificial en muchos casos.

Por lo demás, no establezco ninguna teoría ni pretendo llegar a ninguna conclusión. Al revés, me limito, como hago siempre que viajo, a contar lo que he visto y me ha sucedido, sin pretender convertir mi viaje en una lección. Ni de historia, ni de arte, ni, mucho menos, de espiritualidad. Como ya he dicho más de una vez, el único sentido de los viajes es enfrentarse a otras realidades para confrontarlas luego con la que uno vive.

Qué es lo que me llevó a elegir esos edificios para este nuevo viaje literario —el cuarto de los que escribo y el más ambicioso, sin duda, de todos ellos— tampoco sabría decirlo. Intuyo que la atracción que siempre me han producido las catedrales desde que, cuando era niño, entré por primera vez en la de León y también, acaso, la preferencia que siento por esos mundos que han quedado a desmano de la historia o simplemente de la realidad. Y las catedrales, por más que algunos pretendan, no son ya más que espejismos, reliquias de un tiempo ido que quedó aprisionado en ellas.

A deshojarlas como si fueran rosas de piedra, enormes rosas arquitectónicas surgidas en nuestras ciudades hace ya cientos de años y hoy olvidadas por la mayoría, he dedicado este libro cuya primera parte adelanto ahora, mientras sigo recorriendo y mirando las restantes para deshojarlas en una segunda entrega. Y todo ello, ya digo, sin otra voluntad que la viajera y sin otra intención que la literaria. Esa que sigue la estela de los antiguos viajeros, aquellos que partían por partir, en palabras de Rimbaud, o que preferían un mal camino a una buena venta, en las de Cervantes. Los viajeros, en suma, que iban buscando la magia que el mundo ofrece a los que lo andan.

JULIO LLAMAZARES

Primer viaje

GALICIA

A los pies del señor Santiago

Dicen los santiagueses que en Compostela la lluvia es arte y debe de ser verdad. Basta mirar los tejados, las galerías, los soportales, hasta los canalones y los desagües por los que esta ciudad recibe y se libera de la lluvia que cae sobre sus tejados trescientos veinte de los trescientos sesenta y cinco días del año, según datos oficiales, para imaginar la melancolía que tiene que impregnarla en ese tiempo y aun la música que debe de brotar de sus tejados y sus calles.

Pero, para sorpresa del viajero, la mañana en la que éste empieza en ella su viaje (a los pies del señor Santiago, como no podía ser de otro modo, tratándose aquél de las catedrales de España) amanece esplendorosa, como si fuera un día de fiesta. No lo es (al contrario: es primer lunes de septiembre, el día en que mucha gente regresa a la actividad después de sus vacaciones), pero el sol, que ya ha salido, brilla con toda su fuerza, anunciando un día magnífico en la ciudad y en toda Galicia. Por la Compostela vieja, la gente se dirige a sus trabajos entre el olor a café que sale de las cafeterías y los saludos de los tenderos que abren de nuevo sus tiendas después del fin de semana. Entre ellos, confundido, con el sueño todavía agarrado de los ojos y el periódico del día bajo el brazo (lo termina de comprar, junto con una guía de la ciudad, en la papelería El Sol), va un viajero que llegó de la meseta con las primeras luces del alba y al que el amanecer sorprendió ya cerca de la ciudad.

Pero el viajero no es el único que ha madrugado este día. Ni siquiera es el más madrugador. Aparte de los tenderos y de los vendedores callejeros que ya ocupan sus lugares en los distintos caminos que llevan a la catedral, el viajero, mientras se aproxima a ésta, va encontrando a numerosos peregrinos que

esta noche han debido de dormir cerca de ella para hacer su entrada en Santiago con las primeras luces del día, que es lo que manda la tradición. Los hay de todos los tipos: españoles, extranjeros, en grupos, en solitario, jóvenes, viejos, mujeres, niños, inválidos... Todos con los distintivos tradicionales del peregrino (el bordón y la concha, sobre todo) y todos muy felices por haber cumplido viaje. El viajero, a pesar de su indumentaria, podría pasar por uno de ellos, pero no quiere engañar a nadie. El viajero empieza su viaje donde los demás lo acaban y no le importa decirlo, aunque ello le suponga renunciar a los privilegios que aquí tiene el peregrino. Al viajero le gusta andar a contracorriente tanto por los caminos como en la vida y está ya acostumbrado a asumir las consecuencias:

—¿Cómo ha venido?

—En coche.

—¿En coche?!... Entonces, no le puedo dar la Compostelana —le comunica una de las chicas de la Oficina del Peregrino, que se encuentra en su camino, al lado ya de la catedral.

—Pero yo he venido a Santiago...

—Ya. Pero es que la Compostelana —le explica aquélla, un tanto molesta— sólo se da a quien demuestre que ha hecho andando los cien últimos kilómetros del camino o los doscientos últimos en bicicleta.

—¿Y cuatrocientos en coche no sirven?

—No sirven, no, señor.

—Bueno, pues nada. Qué se le va a hacer, mujer —se disculpa el viajero, volviendo afuera, con la sensación de haber molestado por preguntar.

La sensación de haber molestado, o de estar a punto de hacerlo, le perseguirá durante todo el día, tanto dentro como fuera de la catedral. El santiagués es amable y hospitalario con los turistas (no en vano vive de ellos), pero, como buen gallego, no le gustan demasiado las preguntas. Sobre todo si el que las hace no es peregrino ni se sabe bien qué busca en la ciudad.

—¿Peregrino?

—No.

—¿Turista?

—Tampoco.

—¿Viaje de negocios?

—Menos.

—¿Entonces?... —le miró con desconfianza la recepcionista de la Hospedería Xelmírez, cuando llegó esta mañana.

—Digamos que estoy de viaje —dijo el viajero, sonriendo, recogiendo su maleta para subirla a la habitación.

Pero eso fue hace ya un rato. Ahora el viajero está en plena plaza del Obradoiro, confundido con el mar de peregrinos y turistas que desembocan en ella, como en un inmenso puerto de granito, desde todas las calles de alrededor. La imagen, por conocida, no deja de sorprender. Abierta al pie de la catedral, que alza sus torres sobre ella al tiempo que la domina con la gran escalinata de granito que le hicieron en el siglo XVIII para salvar el desnivel que había entre ambas, la plaza del Obradoiro está ya llena de gente, a pesar de que es muy temprano. La vieja plaza del Hospital, el lugar donde un día estuvo el *obradoiro* de los canteros que tallaron piedra a piedra la fachada principal y sus dos torres (la de la Carraca y la de las Campanas), sigue siendo el lugar cosmopolita que ya era en la Edad Media, cuando se generalizaron en toda Europa las peregrinaciones hacia Santiago. Hay gente por todas partes, peregrinos llegados de todos los países que deambulan por la plaza con sus conchas y bordones, saludándose unos a otros, haciéndose fotografías para el recuerdo y comprando todo lo que les ofrecen los mil y un vendedores que se disputan la plaza y las calles aledañas. Crucifijos, conchas, postales, grabaciones con canciones de la tuna, botafumeiros de alpaca, nada que tenga que ver con la ciudad y su catedral o que simplemente pueda ser vendido a los turistas está fuera del comercio en este inmenso Babel que es la gran plaza del Obradoiro en este bello día de septiembre que el viajero ha elegido para comenzar su viaje.

Y lo hace precisamente aquí, en el corazón del mundo, en el mítico lugar donde confluyen caminos y peregrinos procedentes de todos los países de la Tierra, siguiendo las pisadas de otros muchos anteriores que, a lo largo de los siglos, llegaron a esta ciudad atraídos por su estrella y su fama milagrosa, igual

que hiciera años antes —en el 813— el obispo de Iria Flavia Teodomiro, que fue el primero en llegar y el que descubrió el sepulcro sobre el que hoy se levanta la catedral. Una catedral que es, como la mayoría de ellas, el resumen de muchas catedrales superpuestas, desde aquel templo inicial que ordenó construir el rey Alfonso II el Casto a raíz del descubrimiento de los restos del apóstol y en torno al que surgiría la ciudad de Compostela.

Por si faltara algo, además, el viajero accede a ella por la puerta más hermosa de la Tierra: el pórtico de la Gloria, la obra en piedra más fabulosa de todas las de su estilo posiblemente del mundo. Debida a la inspiración del Maestro Mateo, el artista más genial de cuantos intervinieron en este templo, y al impulso económico y político del monarca leonés Fernando II, que fue quien lo financió, el pórtico de la Gloria constituye, según la guía del viajero, «la representación en piedra más completa y más hermosa de la teología cristiana». No será él quien lo niegue. Al contrario, cuando por fin llega al pórtico, empujado por la gente que se agolpa en la escalera, se queda tan extasiado, tan impactado por su belleza, que, durante unos minutos, permanece ajeno a la gente y al ceremonial extraño que se desarrolla delante de él: tras admirar brevemente el pórtico, que merecería toda una vida, los peregrinos van pasando bajo él, poniendo la mano abierta en el parteluz central (el que sirve de soporte a la imagen del apóstol), y, después, al dorso de éste, se arrodillan o se inclinan para dar tres cabezazos sobre el misterioso busto que la tradición pretende sea el del Maestro Mateo, pese a que los compostelanos lo han bautizado hace tiempo con el más castizo nombre de *Santo dos Croques*, o de los Coscorrones en castellano. El viajero, a pesar de su agnosticismo, cuando le llega su turno, hace lo mismo que aquéllos, pero, una vez termina, se entera de que no lo ha hecho muy bien. La muchacha que vigila el buen orden de la fila le confiesa entre sonrisas que, al poner los dedos en la columna (que representa, según le dice, el árbol genealógico de Cristo, desde David a la Virgen María), hay que pedir tres deseos (el viajero, antes, pidió uno solo), y que los cabezazos al Maestro no se le dan por dárselos, sino para

que éste trasmita al que se los da algo de su inteligencia. Obediente, el viajero vuelve a ponerse en la fila, llevando a cabo, ahora sí, el ritual como Dios manda. Al poner los dedos en la columna, solicita tres deseos: larga vida y feliz para su hijo, lo mismo para sí mismo y para quienes le acompañan en el viaje de la suya y suerte para este que empieza hoy, mientras que al Maestro Mateo le pide inteligencia y fuerzas para escribirlo. Las mismas al menos que él tuvo para hacer de este gran bloque de granito una de las filigranas más hermosas y perfectas de la Tierra.

—¿Qué tal ahora? —le pregunta la chica, cuando termina con el ritual, después de tanto deseo.

—Bien —dice el viajero, sonriendo y frotándose la frente con la mano para quitarse la sensación de haberse hecho un chinchón contra el Maestro.

Para recuperarse del todo (del coscorrón y de la impresión del pórtico), va a sentarse en uno de los bancos de la nave principal, donde ahora empieza una misa. Es la misa de las doce, la de los peregrinos, según anuncia en seguida una voz angelical cuya dueña el viajero no alcanza a ver (tan grande es la catedral), y se promete importante, a juzgar por el número de los concelebrantes: seis sacerdotes que avanzan por el pasillo central mientras, detrás de ellos, vienen cerrando el acceso dos jóvenes sacristanes (se ve que, aquí, los tradicionales ya han pasado a mejor vida). El oficiante, antes de empezar la misa, saluda a los peregrinos. Los hay de todos los sitios: de Portugal, de Inglaterra, de Francia, de Alemania, de Brasil... Incluso, dice, cuatro de los sacerdotes que concelebrarán la misa con él son también peregrinos ellos mismos: un alemán, un francés y dos polacos misioneros en Brasil. De entre los españoles, las procedencias son también muy diferentes. Lo mismo que los lugares donde se echaron a andar: Roncesvalles, Somport, Pamplona, León, Astorga, Pongerrada... Del que no dice nada, por supuesto, es del viajero, ya que, al haber venido en coche, la chica de la Oficina del Peregrino le negó el pan y la sal y no consta como tal en ningún sitio.

En cualquier caso, al viajero tampoco eso le importa mucho. Como tampoco le importa estar atrapado ahora en el

medio de la nave principal, obligado a oír una misa que se promete bastante larga a juzgar por las apariencias. Se está bien allí sentado y, además, desde allí ve, no sólo la catedral, sino cuanto ocurre en ella. Que no es sólo la misa. Al contrario, pese a la solemnidad de ésta, la actividad no se para en las tres puertas de entrada ni en las naves laterales, que es donde están los confesionarios. Son quince, algunos con idiomas optativos para los peregrinos que llegan de otros países. En la catedral de Santiago de Compostela se confiesa en italiano, en inglés y hasta en gallego. Todo con tal de garantizar la salvación eterna a quien la desee. Aunque el único confesionario que se ve ocupado ahora es el que lleva el número dos, donde sólo confiesan en castellano.

La nave principal, por lo demás, es lo suficientemente grande como para que al viajero se le pase la misa sin sentirla admirando desde su banco sus dimensiones (97 metros de largo, según la guía), así como los distintos elementos que la adornan y decoran. A falta del coro pétreo que realizó también el Maestro Mateo, algunas de cuyas piezas están ahora en el museo, y del que lo sustituyó a principios del XVII (que fue, a su vez, desmontado y llevado pieza a pieza al cercano monasterio de Sobrado de los Monjes), la atención del visitante se la disputan ahora los dos órganos barrocos decorados por el gallego Miguel de Romay a comienzos del siglo XVIII y el curioso mecanismo construido por el aragonés Juan Bautista Celma para soporte del botafumeiro, el gigantesco incensario que sólo se desempolva en las grandes ocasiones y que, teniendo que ser tirado por varios hombres, es el objeto más conocido y popular de la catedral. Aunque al viajero le llaman más la atención las lámparas, construidas por el francés Baladier en el siglo XVIII, y, al fondo, tras el altar, el barroco camarín con la imagen del apóstol (apenas un fogonazo de oro entre tanta luz) y el fastuoso baldaquino que envuelve todo el conjunto y cuyo pedestal sujetan ocho hermosísimos ángeles. Sumido en su contemplación, mientras transcurre la misa, el viajero apenas advierte que la monja que tiene al lado y que también canta como los ángeles se acerca a darle la paz, ni que los dos sacristanes pasan ahora pidiendo con

sendos cestos y vestidos con el hábito morado de Santiago. En cambio, se da cuenta en seguida de un detalle que le llama la atención más que los otros: cuando llega la hora de la comunión, dos de los concelebrantes se introducen repartiéndola entre el público, acompañados cada uno de ellos por dos chicas con paraguas.

—¿Y eso?

—Es para que les vean —le confiesa una de éstas, cuando termina la misa, decepcionando al viajero, que pensaba que el paraguas era un símbolo litúrgico moderno.

—¡Ah! —se disculpa el viajero, decepcionado.

Acabada la misa, los bancos se desalojan y la catedral de Santiago se convierte en una auténtica romería. Sin nadie que se lo impida, los turistas van y vienen por las naves laterales, se saludan, se hacen fotos, se agolpan ante las tiendas de *souvenirs*, forman grupos y tertulias, como si la catedral fuera una prolongación de la plaza del Obradoiro y no un espacio sagrado. El viajero, en medio de ellos, recorre también el templo esquivando los cepillos y a los grupos de turistas y sintiéndose cada vez más extraño entre la gente. Pese a ser seguramente el único que ha llegado hasta aquí en coche, es el que más interés demuestra por el templo como tal. De hecho, es el único que pregunta, no hoy, sino desde hace ya tiempo, por la pila bautismal del siglo IX en la que, según las guías, el caudillo árabe Almanzor hizo abrevar al caballo o por el sitio en el que se guarda, al decir de la leyenda, el bordón de San Francisco, según le dice, al hacerlo, uno de los vigilantes. En cualquier caso, tampoco escapa de cumplir con los rituales que la catedral de Santiago impone a todos los peregrinos, incluidos los ateos como él. El principal, por supuesto, hacer cola ante el apóstol para abrazarle en su camarín (por detrás y de uno en uno) y, después, seguir aquella para, en la cripta inferior, contemplar la arqueta de plata donde, según la creencia, guardan sus venerables reliquias en el mismo lugar en que reposan desde hace veinte siglos, cuando sus seguidores las trajeron en un carro desde el mar, y cuyo descubrimiento dio origen al fenómeno místico y religioso que el viajero tiene ahora en torno a él. Aunque no todo es religioso ni

místico en este sitio. Al contrario, a poco que uno se fije, observará que la mayoría de la gente está de paso, por más que haya hecho el Camino andando, de la misma manera que, en Compostela, la mayor parte de los vecinos se toman éste como un negocio. Un negocio que crece de día en día desde su recuperación turística hace ahora algunos años y que les reporta a los santiagueses una gran parte de sus ingresos, aunque haya quien se queje, por supuesto, como siempre, del reparto:

—¡Una vergüenza!... La gente les da a los curas, pero a nosotros nada. ¿Qué es, que sólo comen los curas? —se lamenta en la puerta de las Platerías, bajo la representación de la Adoración de Cristo, el mendigo que la vigila.

El mendigo no es, no obstante, el único que está allí. Alrededor de la puerta de las Platerías y en las escalinatas que llevan hacia la plaza, numerosos peregrinos se disputan a esta hora la balaustrada y los escalones. Es mediodía y todos buscan la sombra, aunque los hay que están tumbados al sol, como los lagartos. Después de tanta penumbra, después de tanta piedra y tanto arte, la cabeza no da para mucho más y se agradecen la luz del sol y un cigarro. Aunque el viajero, que ya no fuma, cosa de la que se arrepiente ahora, prefiere sustituirlo por la contemplación del pórtico, el único que perdura de la primitiva basílica románica (y en el que destacan, por su solemnidad, una imagen de David tocando el arpa y, por su curiosidad, la de la Mujer Adúltera, así llamada popularmente por representar a una figura femenina que sostiene en su vientre una calavera, la de su amante, asesinado por su marido, y a la que debe besar cada día como castigo), y, después, por un paseo alrededor de la catedral, que es donde se encuentra ahora el verdadero pórtico de la Gloria. El paso de la mañana y la afluencia de peregrinos han reunido en torno a aquélla a todos los pedigüeños y pícaros de Santiago. Que son muchos y variados. Desde el músico que toca la guitarra con la cara cubierta por una media (para darse más misterio, se supone) hasta los muchos tunos que cantan por todas partes, algunos de los cuales podrían, por su edad, ser catedráticos. Aunque ninguno con la imaginación de Suárez, un pintor con aspecto de parisino que ha montado

el caballete en la esquina de la calle de Fonseca y que explica, mientras pinta, su pintura a los turistas sin excesiva modestia ni precaución:

—Aquí donde me ven, yo he hecho un largo camino hasta encontrar este estilo, esta síntesis entre la pincelada esquizofrénica de Van Gogh y la elegancia y la *finezza* de Renoir —dice, contemplando el lienzo que pinta en este momento y que representa a dos chicas peinándose ante un espejo.

—¿Y cómo se llama el cuadro? —le pregunta el viajero, interesándose por él.

—Como usted quiera —le dice Suárez, sonriendo, sabedor de que el cliente siempre tiene la razón.

La voz de Suárez queda detrás, confundida entre las voces de la gente, mientras el viajero se aleja de la catedral, huyendo de los turistas y de los peregrinos y buscando un lugar donde comer. Son las dos del mediodía y ya empieza a tener hambre. No tardará en encontrarlo. El restaurante San Jaime, a dos pasos de la calle de Fonseca, no es el mejor de Santiago, pero parece limpio y honrado y ofrece, sobre todo, desde su emplazamiento en un primer piso, una soleada vista a la plaza de la que ha tomado su nombre. Un caldo y una mariscada (que, en efecto, como el viajero preveía, no es lo mejor de Santiago) le sirven, sin embargo, para sentirse un privilegiado y, sobre todo, para recuperar las fuerzas, que ya empezaban a abandonarlo. Hoy ha hecho muchos kilómetros y lleva ya diez horas levantado.

De vuelta a la catedral, el viajero se sienta a tomar café en una de las terrazas que se extienden por la plaza de la Quintana. Lo hace en las de la parte baja, la de los Muertos, como le llaman a ésta los santiagueses por oposición a la de los Vivos, que ocupa el nivel más alto, sin saber que lo está haciendo (hasta que lo lee en la guía) sobre un viejo cementerio muy apreciado en su tiempo por cuanto ser enterrado en él suponía estar al lado de la tumba del apóstol. Pero el viajero no está habituado a tomar café con los muertos, por más antiguos que sean, y, en cuanto termina el suyo, se levanta y se va de la terraza decidido a poner tierra por medio y a reanudar la visita a la catedral que

interrumpió en este mismo punto hace ahora ya dos horas, según le indica el reloj de la torre a la que nombra.

Antes de entrar en ella, no obstante, el viajero le da una vuelta entera al edificio. Lo hace en dirección contraria a la de las agujas de aquél (o, mejor dicho, la aguja, puesto que sólo le hicieron una) y parándose a admirar cada una de las puertas que le van saliendo al paso: la de la Quintana, también llamada Real por el escudo que la preside; la célebre Puerta Santa, solitaria y cerrada hasta que llegue un nuevo año de jubileo (que ocurrirá cuando la festividad de Santiago Apóstol caiga otra vez en domingo); la de los Abades, más modesta y sin el nombre de las otras, y, ya al norte, en la plaza de la Azabachería, así llamada, como la de las Platerías, por las artesanías que aquí tenían su comercio, la antigua puerta del Paraíso, también llamada Francígena por acabar en ella el Camino Francés. Una puerta que, durante muchos siglos, fue la principal del templo (no en vano se accedía a éste por ella), pero que, derribada, junto con la fachada entera, en el siglo XVIII debido a su mal estado y sustituida por la actual, de inspiración neoclásica, languidece desde entonces prácticamente olvidada por todos, salvo por algún vendedor de *figas* (amuletos de azabache que protegen a su vuelta al peregrino) y por un mendigo inválido que resume su tragedia en un cartel: CASADO. OPERADO DE CADERA. POR CARIDAD SU AYUDA: PTS 4.700. PARA IR A CASA: A VALLADOLID. Compungido, el viajero le da unas pocas monedas (muchas menos de las que necesita) y se introduce en la catedral dispuesto a ver las capillas, que, esta mañana, ante la aglomeración de gente, tuvo que dejar de lado. Son por lo menos una docena, sin contar las de la nave principal. Entrando por la puerta de la Azabachería y empezando por la izquierda, como él hace, la de San Antonio, la de San Andrés, la de la Corticela (de gran fervor entre los compostelanos, que aquí vienen a rezarle y a pedirle en un papel un deseo a la imagen de Jesús), la del Espíritu Santo y, ya en el deambulatorio, rodeando la capilla principal (la que guarda el camarín con la imagen del Apóstol), la de San Bartolomé, la de San Juan Apóstol —cuya estructura románica se conserva casi intacta—, la de la Virgen Blanca y las tres más

importantes, a saber: la del Salvador, situada en el centro de la girola, por donde empezó a levantarse la catedral, como recuerda todavía una inscripción en un muro lateral con la fecha del inicio de las obras: año 1075; la de Mondragón, llamada así por haberla construido un canónigo de ese apellido y que conserva un retablo de terracota con figuras de tamaño natural, y la del Pilar, que fue mandada erigir por el arzobispo Monroy para albergar una sacristía, pero que se acabó convirtiendo en su propia tumba. Aunque el viajero se para también un rato, entre la del Salvador y la del Pilar, en la de la Virgen de la Azucena o de Doña Mencía, así llamada indistintamente por la Virgen que se expone en el retablo y por el nombre de su benefactora, cuyo sepulcro reposa al lado, y, a la derecha de la puerta de la Azabachería, en la de Santa Catalina, hoy sin mayor interés, pero que albergó en su día el Panteón de los Reyes hasta que éste fue trasladado, a principios del siglo XVI, a su actual emplazamiento en la capilla de las Reliquias.

—Pues todavía le quedan más —le comenta un vigilante que le ve ir y venir de capilla en capilla sin descanso.

—Ya lo veo —dice el viajero, sonriendo, comprobando desde lejos las que aún le faltan por ver.

Antes de seguir con ellas (si es que sigue, que eso ya lo decidirá después; tampoco tiene por qué visitarlas todas), decide sentarse un rato. Lo hace en un banco, como por la mañana, y, como por la mañana, le sorprende una nueva misa apenas se ha acabado de sentar. Por fortuna, ésta es de un solo cura, aunque tampoco le faltan los alicientes: aparte de algunos místicos y de los inevitables peregrinos entregados a la causa, a la mitad de la ceremonia aparecen por la puerta del Obradoiro unos compañeros de éstos vestidos de tiroleses y cantando en alemán.

—¿Y éstos? —le pregunta el viajero al hombre de su derecha.

—No lo sé. Deben de ser *boy scouts* —dice éste, confundido por el aspecto de los austriacos o alemanes.

Los tiroleses (austriacos o alemanes, vaya usted a preguntárselo) desaparecen por el crucero sin dejar de cantar ni

romper la formación y la misa recupera la atención que aquéllos le arrebataron por un momento. Aunque el viajero está más pendiente de lo que ocurre en los confesionarios. Sobre todo, en uno de la derecha, donde un niño se confiesa mientras su padre le graba en vídeo, como si el niño estuviera haciendo una valentía.

Lo que queda de la tarde el viajero lo utiliza en visitar el museo catedralicio, que en Compostela tiene tres partes: una en la cripta del pórtico, a la que se accede desde el Obradoiro, otra en el antiguo claustro y la tercera —la del Tesoro— en la capilla de las Reliquias y en la contigua de San Fernando. En cualquiera de las tres, la concentración de arte es tan fabulosa que, cuando acaba su recorrido, el viajero ya no sabe lo que ha visto ni, puesto en la tesitura, lo que le gustaría llevarse a casa. Quizá las tallas del siglo XIII del antiguo coro pétreo que se salvaron de la destrucción o quizá el *Codex Calixtinus*, la legendaria obra del peregrino francés Aymeric Picaud fechada en el siglo XII que se guarda entre los fondos del Archivo; quizá la custodia de Antonio de Arfe, considerada la joya del Tesoro a pesar de las muchas que integran éste, o tal vez el relicario de la Cabeza de Santiago Alfeo, pieza de plata sobredorada y con incrustación de piedras preciosas que contiene, según dicen, la cabeza de verdad del menor de los Santiagos. Aunque, puesto a llevarse a casa y si pudiera con ella, el viajero elegiría la hermosa pila de piedra labrada en forma de concha que durante muchos siglos estuvo situada ante la puerta del Paraíso y en la que se lavaban los peregrinos antes de entrar en la catedral y que ahora languidece en mitad del claustro.

—Podrían al menos ponerle agua... —le sugiere al vigilante antes de irse.

—Cuando llueve —responde éste sin interés.

Cae la tarde sobre el claustro, sobre las torres y los tejados y el campanario de la catedral, donde se observa ahora a un obrero (¿qué estará haciendo allá arriba?), cuando el viajero da por fin por acabada su visita, coincidiendo con la hora en la que cierra. Poco a poco, la gente se ha ido marchando y, cuando él la abandona (por el pórtico de la Gloria, por donde entró al lle-

gar), es ya uno de los últimos. La mayoría de los turistas están ahora en la plaza contemplando con la gente de Santiago el atardecer sobre la ciudad, que es otro gran espectáculo. Son las ocho de la tarde y, entre el repique de las campanas, el murmullo de los pájaros, el sonido de las gaitas y los reclamos de los vendedores, la plaza del Obradoiro parece ahora otro sueño, sobre todo con el sol arrancándole destellos al oro pétreo de la fachada. El viajero, lentamente, se va alejando de ésta con intención de verla mejor, hasta que, al final, se sienta en la terraza del Parador (el antiguo hospital de peregrinos), donde otros como él han hecho también lo mismo para poder contemplar delante de una cerveza el espectáculo del atardecer sobre la catedral de Santiago. Un espectáculo que se repite todas las tardes, pero que, en días como hoy, cobra otra dimensión por el color que toma la piedra al contacto con el sol cuando se pone. Y es que, en Santiago de Compostela, no sólo la lluvia es arte.